

culo con su bota. Yo "nací en Guadalajara. Mis primeros padres fueron Mamá Lupe y Papá Guille. Señor Guillermo, Cabrón. Cuentan que un día estando en la cantina La Revolución dijo: Estoy desahuciado. Y se murió... Mi mamá lloraba en los resquicios con el encabronamiento a oscuras, con la violencia a tientas. Mi papá se moría mirándome a los ojos, muriéndose en la cámara lenta de los años". La verdad es que "la realidad es una broma que ya me está poniendo nervioso... las manos se desesperan en los cabellos, el alma se vuelve la espalda". "El que no es cabrón no es hombre... Si seré pendejo. No son épocas de echar el rol con contemplaciones, de jugar al buen amigo con el pellejo. La ciudad no da la mano, no abre las piernas, tira patadas como monito de futbolito."

Las pinches piedras como sistema poético, la realidad medida (no son otros los tiempos) con la tabla rasa del artículo de primera necesidad, la autobiografía como martirologio, la visión precoz, recelosa y desengañada. El albur como mecánica de la subsistencia, el arriesgue como única forma de existencia, el valemadrismo como filosofía.

En uno de sus mejores versos, Ricardo Castillo nos confiesa su tarea: "No he hecho sino cronometrar el aniquilamiento." Y podría añadirse que en realidad lo ha saboreado maliciosamente, que encuentra en ello una peculiar satisfacción, un placer en el desengaño. Con ello consigue ofrecernos una nueva representación familiar que escapa al melodrama, y a la moralina gracias a su condición de espectador cruel y malicioso. La pinche piedra con que Castillo tropezó es una roca de tamaño considerable. Al leerlo, más que tratar de localizar posibles influencias, se piensa en la originalidad de su labor y en lo excepcional de su actitud. El reto, quizá, exigía de alguien como él, con su arrojo, su facilidad aparente,

su seguridad para colocar palabras que están a punto de caer al precipicio, su desenfado y su fuerza. Castillo no sólo recoge el lenguaje popular, sino que lo acopla talentosamente a una actitud y una visión poética. En algunos momentos, sin embargo, Castillo pretende desprenderse de su cotidiano punto de observación. Es entonces cuando intenta alcanzar otros niveles y otras perspectivas con otro lenguaje. Intenta una visión más elaborada y simbólica, aunque aún saturada de esa "joda de a diario". En esos momentos, Castillo se vuel-

ve retórico, elaborado y fallido. Quizá sólo quería introducir un contraste o probar su capacidad poética de otra forma. Lo más probable es que se sintiera volando muy bajo y quisiera de pronto compensarse elevándose excesivamente para luego descender en picada. Esto hace que el libro resulte muy irregular y nos descubre a otro poeta, más torpe, menos preciso, con versos fuera de sitio y sin fuerza, con momentos muy malos, en total desacuerdo con el tono coloquial mantenido excelentemente a lo largo del libro:

"con cursilerías en el camarote del amor"
"la realidad desmentida en los riñones"

O incursiones en el neologismo profundo:

"nos lleva a las nuquísimas más oscuras a los cranísimos más fatales".

Sin embargo, éstas son apenas unas cuantas caídas y el conjunto de los poemas no se ve afectado gravemente. Un poema tan conseguido como "La agitación de la oscuridad" nos reconcilia de inmediato con él:

Tengo en el cuerpo
la idea más clara de lo que es el amor.
Mi cuarto está oscuro
y de no existir el amor
sé bien que dormiría.
¿Pero cómo dormir
sabiendo que el sexo es el máximo amor
en la vida?

Yo más bien quiero
tener tus piernas por bufanda
y horadar ese montoncito de nubes
que cubren, transparentes, tus pantale-
tas.

Ricardo Castillo: *El pobrecito señor X*, Colección el Ciervo Herido, México 1976.

René Dubos: hacia una nueva medicina

por Julio Frenk

Pocas actividades se norman por un conjunto tan inveterado de mitos como la medicina. Contribuyen a ello la asimilación pasi-

va por parte de los médicos de toda una ideología de la terapéutica, la ausencia de posibilidades críticas en una organización estrictamente jerarquizada y el retraso de varios años en la difusión de las obras desmitificadoras. Este último es el caso de *El espejismo de la salud*, de René Dubos,* libro publicado originalmente en 1959 y traducido al español apenas en 1975. A pesar de ello, su aportación al esclarecimiento de las verdaderas raíces de los mitos conceptuales y metodológicos de la medicina moderna sigue teniendo plena vigencia.

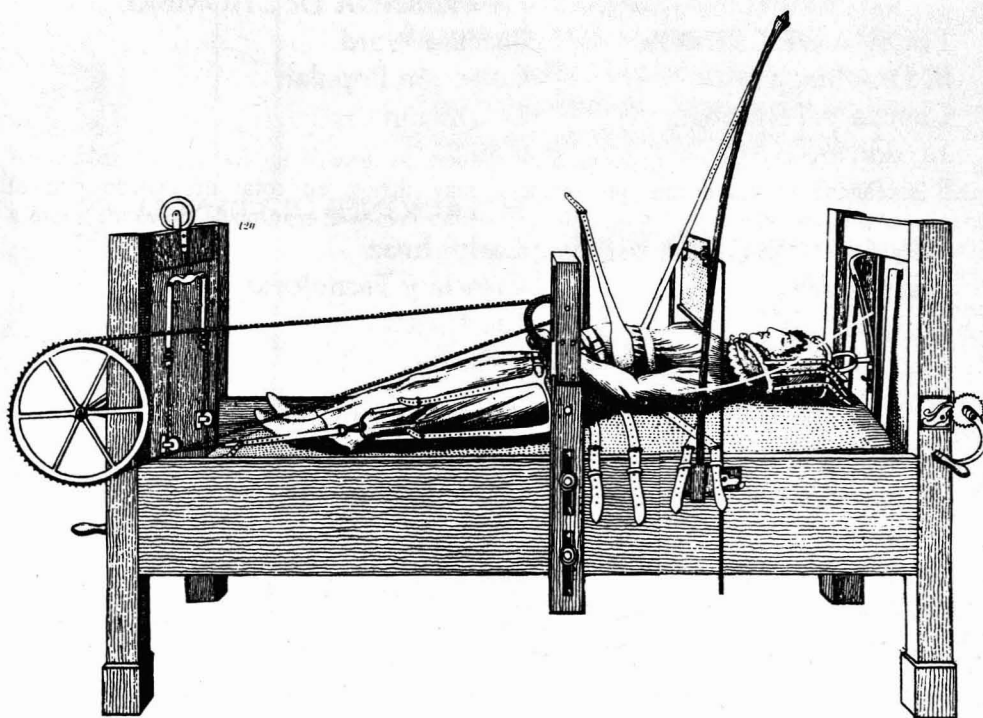
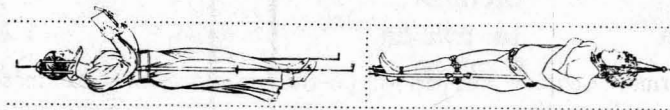
La consolidación del método clínico, los descubrimientos de la microbiología y el encierro en el ámbito hospitalario marcan para la medicina la adopción de un lenguaje propio que la caracteriza hasta nuestros días: el rango de lo visible como único espacio permitido a la acción diagnóstica y terapéutica; la medicina como fenomenología estricta de lo patológico; el médico como observador del medio ambiente interno, paradójicamente ciego ante el medio externo; la mirada del médico, desnuda o magnificada por la tecnología, como ejercicio de la percepción en profundidad, jamás en extensión; la incapacidad para trascender el tratamiento e inscribirse en la prevención como medio para evitar el cuestionamiento de aquello que está más allá del hospital; la concepción mecanicista como explicación de los procesos mórbidos; la salud y la enfermedad como dos entes estáticos totalmente separados, nunca como procesos relacionados dialécticamente entre sí; la satanización de los microorganismos como recurso para soslayar la totalidad ecológica; la doctrina de la etiología específica como base conceptual que pretende explicar o descubrir la causa de todas las enfermedades; la ilusión científicista como sustento ideológico de una metodología fragmentaria que renuncia a conocer y transformar las raíces biológicas, psicológicas y sociales de la enfermedad; la fijación en lo somático como incapacidad para comprender la multicasualidad nosológica; el hospital convertido en taller de composturas de la mano de obra como espacio de evasión de las complejidades mórbidas; los determinantes sociales como categorías a lo sumo enunciadas, pero nunca conceptualizadas; la salud pública como la trastienda polvosa de la medicina; la atención médica como garantía ingenua de salud; el paciente como objeto de conocimiento que encubre a un objeto de explotación académica o económica; las manos del médico como herramienta de

reparación, nunca como instrumento de renovación.

Al lenguaje médico de la parcialidad se han opuesto numerosos intentos de integración. Desde la obra *Medizinische Polizei* de Johann Peter Frank, quien en 1779 afirmaba que las enfermedades no sólo son causadas por factores físicos sino también por influencias del medio social, hasta la espléndida disección epistemológica de Foucault, desde los escritos políticos de Rudolf Virchow hasta los balbuceos ambiguos de Ivan Illich, desde el pragmatismo de los reformadores sociales del siglo XIX hasta la acción contestataria de los Comités d'Action Santé y del grupo Balint, no han dejado de señalarse los errores metodológicos de la teoría y de la práctica médicas.

El espejismo de la salud se inscribe plenamente dentro de esta corriente renovadora de subversión del lenguaje médico. Pero a diferencia de muchas otras obras, la de Dubos no ha podido ser desacreditada mediante el gastado expediente de la falta de experiencia médica profesional. Las decisivas aportaciones de Dubos a la microbiología lo ponen a salvo de la estrechez ideológica de quienes consideran a las cuestiones médicas el coto cerrado que sólo puede ser abordado mediante la certificación de un título universitario. René Dubos interpela al lenguaje de la medicina desde el interior de la medicina misma. Sin embargo, la estructura sintáctica que emplea marca desde el inicio una ruptura con el discurso médico vigente. Mediante un estilo diáfano y enérgico que le valió el Premio Pulitzer, el profesor emérito de la Universidad Rockefeller expone sus proposiciones basándose en experiencias científicas y en un empleo de ejemplos que revela un saber enciclopédico. Todo ello contrasta con el lenguaje altisonante y el pensamiento de receta que un uso indiscriminado de la tecnología y un quehacer deshumanizado han impuesto a la mayoría de los médicos.

En esta forma Dubos emprende la demolición de los grandes mitos del ejercicio médico actual. El postulado fundamental de Dubos señala que la salud es ante todo un proceso de adaptación. Por ello, las transformaciones que el hombre efectúa sobre su medio ambiente influyen sobre el estado de salud en un grado mucho mayor que la asistencia médica, los medicamentos o aun las vacunas. Así, Dubos demuestra que la disminución en la mortalidad por infecciones no se debe sino en mínima



medida al descubrimiento de las drogas antimicrobianas. Más decisivas fueron las intervenciones de los reformadores sociales y la modificación de condiciones ecológicas que propiciaron un aumento de resistencias a esas enfermedades.

Sin embargo, ello no debe hacer pensar en la posibilidad de alcanzar un estado utópico de salud total. Por más esfuerzos que se realicen, la salud absoluta nunca podrá encontrarse. La salud es un espejismo. Salud y enfermedad constituyen procesos dialécticos: la existencia de una depende de la otra, y ambas encuentran su expresión en el grado de adaptación al medio. Por lo tanto, constituyen conceptos relativos que dependen del entorno concreto donde se vive. La medicina y particularmente la psiquiatría han pugnado por una normalidad a ultranza que es considerada como adaptación pero que en realidad no hace otra cosa que desadaptar y por ende enfermar al suprimir las posibilidades transformadoras del hombre.

El punto central del libro de Dubos consiste en la refutación de la doctrina de la etiología específica que ha dominado la práctica y la investigación médicas desde el nacimiento de la microbiología. Es posible

que los médicos hayan incurrido en un error durante más de un siglo al tratar a toda costa de encontrar la etiología de los padecimientos, suponiendo que así podrían diseñar tratamientos específicos y efectivos. Pero este esfuerzo gigantesco sólo ha llevado a una ilusión: confundir la etiología con la patogenia, las causas con los mecanismos. Se confirma entonces la frase de George Bernard Shaw: "El microbio característico de una enfermedad bien podría ser un síntoma y no una causa."

Las enfermedades están determinadas por una multicausalidad biológica, psicológica y social. Su estudio científico y su modificación sólo serán posibles mediante el diseño de una nueva metodología integral que constituya al mismo tiempo una vía de acción. En última instancia será necesario crear una nueva medicina que sepa dar vigencia plena a las palabras de René Dubos: "Cada civilización tiene su propia forma de pestilencia, a la que sólo puede controlar reformándose a sí misma."

* Dubos, René: *El espejismo de la salud. Utopías, progreso y cambio biológico*. (Traducción de José Ramón Pérez Lías.) Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 309 pp.